

ALCINO.

De Michoacán el docto Seminario
En hora fausta le acogió en su seno,
Y le libró del mundo y su veneno
Á la sombra feliz del Santuario.

De fe cristiana y caridad erario:
De no lejana tempestad el trueno
Oyó sin susto; y empuñó sereno
Ha medio siglo el místico incensario.

Y consiguió perínclita victoria
Sobre sí mismo, desdeñando el oro
Y los placeres como á vil escoria.

Fué de las aulas máximo decoro
Por sus talentos y baño de gloria
De los levitas al sagrado coro.



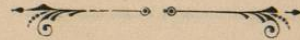
FILENO.

¡Castas abejas, que en el flavo Estío
Juntáis el polen de las tiernas violas
Y libáis en sus nítidas corolas
El opalino y gélido rocío!

Decidme; os ruego: en qué breñal sombrío,
En qué plantel de rúbeas amapolas,
En cuáles grutas tétricas y solas
Teneis oculto vuestro hogar natío?

¡Decídmelo por Dios! Si no me es dado
Celebrar en idilios inmortales
La piedad y valer del gran Prelado,

Entraré en los oscuros lauredales,
Y en cestillo de mimbres aparado
Le he de juntar violetas y panales.



ALCINO.

Mancebo aún, la mitra y el cayado
De Palafox, en premio á la excelencia
De su ingenio, virtudes y alma ciencia,
Recibe, no gozoso resignado.

La esteva empuña del fecundo arado
Sin ver atrás, dichoso en apariencia;
Y tiene á su redor por su elocuencia,
Nuevo Anfón, á su místico ganado.

Ruge y fulmina en temeroso instante
Sobre la Puebla, tempestad sombría
Que el zafir escondió y el sol brillante;

Al insigne Prelado envuelve impía;
Mas, no le inmuta el plácido semblante
Ni amengua de su pecho la energía.



FILENO.

Intenten otros alagar su oído
En dulces trovas encumbrando al cielo
Sus raras prendas, su exquisito celo
De gran Prelado y de Pastor garrido.

Yo, lugareño, iré por el florido
Terruño patrio con doblado anhelo
De la paloma persiguiendo el vuelo
Por sorprenderla en su amoroso nido.

Y he de cortar en la vecina fuente
Toronjil y mastranzo, y en festones
Los trenzaré con el cantueso oliente;

Y seguido de rústicos garzones,
Le he de llevar el rústico presente;
Pues no desdeña los campestres dones.



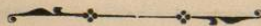
ALCINO.

Por defender del templo y los altares
La inmunidad, el crédito y decoro,
Por salvar de los pobres el tesoro,
Dejó, forzado, los nativos iares.

Él acalló de los inquietos mares
Con sus lamentos el gemir sonoro;
Y con la linfa azul mezcló su lloro
Herido por hondísimos pesares.

Y lejos de la patria, sin consuelo,
Del ronco Tibre cabe las bermejas
Aguas, detuvo el fatigoso vuelo.

Allí exhalóse en amorosas quejas,
Hasta mover al irritado cielo
En favor de sus míseras ovejas.



FILENO.

¡Oh memoria infeliz, memoria aciaga
Digna por siempre de perpetuo olvido,
Que aun desgarras temática el herido
Pecho amoroso cual punzante daga!.....

Recuerdo que esa noche el aura vaga
Sobre las ondas remedó un gemido;
Y que la luna el ponto obscurecido
Saliente hendía como adusta maga.

La espúmea linfa de la azul bahía
Rizaba corva la barquilla y leda
Que al proscrito Prelado conducía;

Quien al rumor de la sulcante rueda,
¡Adios, hijos del alma.....nos decía,
Si yo me voy, mi corazón se os queda!



ALCINO.

Ángel, que cubres con tus blondas alas
Templos y muros de la excelsa Roma,
Y aquellos huertos de encendida poma
Antiguo reino de la docta Palas;

Tú viste ayer, en las soberbias salas
Del Vaticano que los siglos doma,
Entrar huyendo á la infeliz paloma
De torvo sacre y de asesinas balas.

Allí se alberga; y el noveno Pío,
Al acogerle bajo el propio techo,
Su celo aplaude, y su entereza y brío.

Y el palio, allí, del Tártaro á despecho,
De nueva dignidad nuevo atavío,
Cobija y cura su llagado pecho.



FILENO.

Una vez y otra recorrió el aprisco
Por la ternura de su amor llevado;
Y la copiosa grey condujo al prado
Donde crecen la rosa y malvaviseo.

¿Quién no le vió subir de risco en risco
Y guarecerse en rústico techado,
Y al mediodía, débil, fatigado,
Reposar á la sombra del lentisco?

El calor del Verano, la neblina
Del Otoño, los hielos y tormenta,
De otros arredren la virtud mezquina.

Su celo ardiente con la lucha aumenta;
Y rondando del valle á la colina,
De su hermoso redil al lobo ahuyenta.



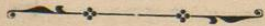
ALCINO.

Era Pastor de innúmeras ovejas,
Que desparcidas en el monte ingrato,
El eco no escuchaban del silbato
Ni del zagal las doloridas quejas.

El negro lobo y tábanos y abejas,
Las seguían con hórrido conato;
Y, pavoridas al buscar el hato,
Desgarraba la espina sus guedejas.

De gratitud es digno y alabanza
El que escucha los flébiles clamores
De su rebaño, y la salud le afianza.

Y Él, que en grupos dividase menores
La numerosa grey, rogando alcanza
Del supremo Pastor de los Pastores.



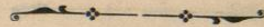
FILENO.

Rompe las auras aunque añoso el pino
Y desparrama su frescor y encanto
Y siempre abriga con flotante manto
Al débil junco y arrayán mezquino.

Y destierra quebrando al torbellino
De los tiernos arbustos el espanto,
Y de las aves acompaña el canto
Con el vetusto susurrar divino.

Es á la grey inexpugnable muro
Si en la pradera que su tronco asombra
Se apace, y bebe del arroyo puro.

¡Dulce Prelado! en la gramínea alfombra,
Así bien puede reposar seguro,
El que se acoge á tu dulzor y sombra.



ALCINO.

Sube á la esfera secular encina
 Envuelta siempre con ropaje gayo,
 Siempre triunfante del calor de mayo,
 Triunfante siempre de hibernal neblina.

Y no abaja la frente peregrina
 Aunque le hiera el coruscante rayo;
 Y acorre y salva de letal desmayo
 À la vid que á su tronco se avecina.

Gramma abundosa y cristalina fuente
 Nutre á su pie; y ofrece flor y nido
 Al melífero enjambre y reluciente.

Esa encina eres tú, Pastor querido,
 Que resistes al Noto y rayo ardiente
 Y nos brindas refugio bendecido.



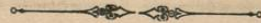
FILENO.

Bello el laurel, de solitario rio
 En la escarpada y húmida ribera,
 Si la rubia fragante cabellera
 Da á las auras bañada de rocío;

Bello, si presta fúlgido atavío
 Á la gloriosa tricolor bandera
 Del Anáhuac; y bello en la severa
 Sien de un César ó milite bravío.

Y más bello si en flor, recién cortado
 De la locuaz y vaporosa fuente,
 Cifre al poeta que cantó inspirado.

Pero será bellissimo, la frente
 Canecida del ínclito Prelado
 En rama coronando reluciente.



ALCINO.

Bella la palma si al mecerla el viento,
Tras siglo y siglo de gloriosa vida,
Del sol al rayo muéstrase teñida
De oro y carmín en páramo sediento;

Bella, al fulgor del hondo firmamento
En la alta noche, cuando vese erguida
Cual negra estatua, é inmoble y adormida
Del ronco antillo al destemplado acento.

Y bella, si en el lago se retrata
Al claror de la luna, su tocado
Luciendo y veste de bruñida plata.

Pero será más bella, si al preciado
Laurel une sus hojas de escarlata
Y la frente corona del Prelado.



FILENO.

Hay negras uvas, béticas manzanas;
Á los naranjos é índico ciruelo
Encorva el fruto hasta llegar al suelo
Las frentes rubicundas y lozanas.

Son hermosas y tibias las mañanas,
Frescas las tardes; con silente vuelo
Cruza la luna el adormido cielo
Rielando en lagunas y fontanas.

¡Ven, dulce Padre! Embota el agrio filo
Del padecer y al corazón latiente
Cura y aquieta retirado asilo.

Ven, deja.... ven, la corte maldiciente,
En esta aldea á respirar tranquilo
De la montaña el saludable ambiente.



ALCINO.

Hay verdes cerros y extendidos llanos
 Libres aún de azada y escardillos,
 Donde sofoca á malvas y tomillos
 Ínvida fresa de purpúreos granos.

Los madroños, cerezos y avellanos
 Dan sombra á los gramales amarillos;
 Y allí saltan los tiernos corderillos
 Que lamerán tus amorosas manos.

¡Ven, ven Pastor! Al pie de la montaña
 Tengo un terruño y un pomar, que en muerte
 Mi padre me legó, y una cabaña.

¡Víctima noble de enemiga suerte,
 La azul pupila que el dolor empaña
 Á este retiro, por piedad, convierte!

FILENO.

¡Ángel de Dios, Espíritu celeste,
 Á cuyo anhelo y amoroso amparo
 Debe México el nombre insigne y claro,
 Y sus riquezas y beldad agreste!

Despierta de avecillas á la hueste;
 Bulle las auras; el brillante faro
 De vida fuente, arranca al mar avaro;
 Del monte borda la gramínea veste.

Y plegando las alas de granate,
 Deja en el ara el pan subcinericio
 Y el zumo de la vid; y el rostro abate;

Y al Pontífice amado sé propicio,
 Que después de diez lustros de combate
 Hoy ofrece el tremendo Sacrificio.

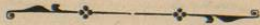
ALCINO.

¡Arcángeles, que á reyes y prelados
Armais de espada y nítida rodela,
Porque os fué encomendada su tutela
Por el Señor, apenas animados!

Dejad el éter y húmidos nublados;
Venid trazando luminosa estela;
Y fijad vuestros ojos de gacela
En estos montes, valles y collados.

Y ved que en los rigores del Invierno
La tierra se os ofrece verdecida
Por los afanes del amor más tierno.

Y vueltos á la Gloria donde anida
La amable paz, rogad al Sér eterno
Que alongue del Pontífice la vida.



* * *

Rayaba el sol; el pie de la montaña
No hería aún con vívidos fulgores,
Cuando á la agreste sonora caña
Dieron paz estos dulces labradores.
Víctimas ambos de la ruda saña
De sus hados, fecundan los alcores
Y los alegran con canción divina,
Aunque ceñidos de punzante espina.

Una oveja, á cada uno, y un cordero
De castos ojos y vellón nevado,
Dió el cura en recompensa, y un apero
De labranza, un pellico, y un cayado.
Tornaron al lugar por el sendero
Que los condujo al memorable prado
Con igual orden, llenos de alegría
Á continuar las fiestas de aquel día.



ODA.

¡Hended el éter y apiñadas nubes,
 Penígeros querubes
 Que revolais en torno del Eterno,
 Y de amor inflamados
 Fugad á los osados
 Íncolas torvos del flagrante Averno!

Y desterrad de valles y colinas
 Las húmidas neblinas
 Y el escuadrón de sombras indecoro;
 Y encended anhelantes
 Las hachas crepitantes,
 Y remeced los incensarios de oro.

La blanca veste el agobiado monte
 Deponga; el horizonte
 En áurea luz corónese y engrana;
 Y en alas de la brisa,
 Del cielo á la sonrisa,
 Su aljófara venga á prodigar Diana.

Surja dejando sonrosada huella
 La matinal estrella
 Sobre los hielos del volcán vecino,
 Y al zafir se levante
 Vaporosa y tremante
 Cual lámpara en fanal alabastrino.

Radiante el sol brotando de las ondas
 Vierta sobre las frondas
 De hilos de oro fúlgida cascada,
 É irise del bravío
 Y despeñado río
 Que fluye plañidor la sien crespada.

Ciérnase leda matizada el ave
 Y exhale trino suave
 Encima los purpúreos ciclamores;
 Y al labio de las fuentes
 Los árboles olientes
 Desparzan hojas y nectáreas flores.

Y tú, oh Padre, libre de quebranto
 Y de júbilo santo
 Henchido el corazón, con alto ejemplo,
 En la esfera tranquila
 Clavando la pupila,
 Ven del Señor al ataviado templo.

De brocado la mitra reluciente
 Cifia tu noble frente;
 Cruce tu pecho zafirina estola;
 Y de púrpura idalia
 Con sérica sandalia
 Al ara sube y el Cordero inmola.

Y pulsa, pulsa con ungida mano
 El cielo soberano;
 Al levantar al aura la Hostia pura
 Ofrece nuestros dones;
 Y santas bendiciones
 Danos en prenda de eternal ventura.

Fija en tu grey la vívida mirada
De ti en torno agrupada;
Magnates y sencillós labradores,
Que con afán creciente
Y lengua balbuciente
En pregonar se esfuerzan tus loores.

Tú, por valles, colinas y montañas
Buscaste las cabañas
De los pobres, y fuiste su consuelo;
Sin que el Invierno frío
Ni el quemador Estío
Templar lograran tu ardoroso celo.

La cátedra dejando suntüosa,
Ya en ermita sombrosa,
Ya á la margen de fuente cristalina,
Como su linfa, pura,
Con paternal dulzura
Anunciaste de Cristo la doctrina.

Al descreído pertinaz y al rudo,
Luz y enseñanza; al nudo
Medicante infeliz, veste y sustento
Próvido siempre diste;
Y del enfermo triste
Llegó á tu oído el mísero lamento.

Y de tu anhelo y férvido cariño
Es dulce objeto el niño
Huérfano y débil; curas su dolencia
Y le enjugas el llanto;
Y envuelto con tu manto
Le defiendes, y escudas su inocencia.

¿Qué mucho que hoy, yermados monte y soto,
Con rama, hiedra y loto
Templos y hogares truequen en pensiles,
Y que atruenen tu oído
Tu nombre bendecido
Al resonar cien coros infantiles?

¿Los oyes? Claman, desparciendo oliva
Y pino: ¡Viva, viva!
Y al cielo encumbran tu piedad notoria;
Y dan al aire vago
En amoroso halago
Los himnos que entonamos á tu gloria.

¡Recibas nuestro amor! Aquestas rosas
Purpúreas y olorosas
Que ofrecemos, no han sido, no, cortadas
De los frescos arbustos
Que yérguense robustos
De Chipre en las florestas celebradas;

Ni estas aromas, tórtolas y mieles,
Tomillos y laureles
Ha conducido por el mar inquieto
Resbalando süave
Ebúrnea y griega nave
Del Asia, Epiro, de Hiblas ó de Himeto.

Del Tepeyac la pedregosa cuesta
Donde tu amor apresta
Mansión digna á la Virgen Mexicana,
Campesinas palomas,
Lauros, mieles y gomas
Te brinda y rosas de esplendente grana.

¡Plegue á los cielos alongar tu vida,
De aquesta combatida
Nave gloriosa, válido Piloto,
En tanto la bonanza
Se cierna en lontananza,
Y no suceda el cefrillo al Noto!

¡Plegue á los cielos que letal dolencia
De tu hermosa existencia
Jamás enturbie el horizonte claro;
Y que siempre querido,
Loado y bendecido
Á la grey prestes tu calor y amparo!

¡Y plegue, plegue á los benignos cielos
En premio á tus desvelos,
Dulce Pastor, y á tu piedad sincera,
Ceñir tu docta frente
Con lauro indeficiente
Cuando retornes á la azul esfera!



SILVA.

Venid del fértil suelo
De Anáhuac venturosos moradores,
Del entusiasmo y del amor en alas,
Y traed cestos de campestres flores,
Del crudo Invierno la temosa bruma
Hendiendo, la ciudad de Moctezuma
Que ostenta ahora sus mejores galas.

No de avezado indómito guerrero,
Que con fulmíneo acero
Bravo postró las huestes enemigas
Tiñendo en sangre la fontana pura
Y la hierba que alfombra la llanura,
Enaltece la espléndida victoria;
Ni del poeta que meneó inspirado
El plectro delicado
Revela al mundo la envidiable gloria,
Y á premiar se prepara agradecida
La noble angustia y míseros afanes,
Que le amenguaron la fortuna y vida,
Ciñéndole la frente encanecida
Con guirnalda de lauro y arrayanes.